

RESEÑAS

BERTIL MALMBERG, *Signes et symboles. Les bases du langage humain*. Picard, Paris, 1977; 455 pp. (*Connaissance des langues*, 11).

Como título y subtítulo sugieren, este libro de Malmberg se presenta como una extensa reflexión sobre las funciones significativa y simbólica en el lenguaje humano, excluyendo a los demás sistemas semióticos.

En el primer capítulo se encuentran las definiciones; el signo lingüístico se presenta allí como un símbolo arbitrario doblemente articulado. En las casi doscientas páginas siguientes Malmberg ofrece a los lectores la historia de este concepto de signo, desde los filósofos griegos hasta los semiólogos contemporáneos, desde Platón hasta Barthes, pasando por Saussure y Hjelmslev. En este recorrido, la idea saussuriana de signo viene a ser algo así como el corte epistemológico más importante. Malmberg centra su atención en la arbitrariedad del signo según Saussure, y la interpreta no sólo como la ausencia total de relación de motivación entre la sustancia del significado y la del significante, sino también, y sobre todo, como la imposibilidad de prever —en una forma de expresión dada— la forma del contenido con la que se asocia en el signo. Esta es la parte hjelmsleviana del libro y debe leerse a la luz del capítulo 4, en donde Malmberg, dejando por un momento la historia, desarrolla la idea de que tanto el contenido como la expresión deben dividirse en forma y sustancia, pero aunque reconoce la existencia de un cierto isomorfismo entre los dos planos, niega que ambos sean paralelos.

La segunda parte del libro es de inspiración netamente jakobsoniana. Contiene un capítulo de tinte muy glosemático sobre la forma y sustancia del contenido, pero tiende, sobre todo, a restringir la validez de la noción de arbitrariedad, y a delimitar los dominios en donde el signo permanece (o llega a ser) un símbolo motivado. Además, esta parte comienza con un capítulo en el que Malmberg quiere demostrar que es deseable extender, a todos los niveles de la descripción lingüística, lo que él llama "ley de Jakobson", es decir, el principio jerárquico según el cual todo sistema fonológico puede ser descrito como la expansión de un sistema primitivo más simple.

Hay en esta parte del libro dos tesis principales: un signo es tanto más motivado cuanto, por una parte, se origina en los estratos más

primitivos del lenguaje¹, o, por otra, es más largo, porque todo lo que en un texto no depende de la función cognoscitiva del lenguaje, Malmberg lo relaciona con la función simbólica. Malmberg cree poder demostrar, a modo de conclusión, que para resolver la vieja cuestión del origen del lenguaje, es suficiente traducir en secuencias temporales su organización jerárquica, y que la humanidad ha pasado por las mismas etapas vitales que recorre un niño en su crecimiento.

Debo confesar que el deseo de trazar las líneas principales del libro me ha llevado a dejar de lado una parte importante de su contenido; son pocos los temas lingüísticos que Malmberg no trata, de la escritura a la traducción, para mencionar sólo dos capítulos.

Aunque he procurado sintetizar de la manera más objetiva posible las tesis de Malmberg, el resumen que precede permite, sin duda, adivinar el tipo de críticas que se le puede hacer.

Para empezar, se podría decir que quizá es un poco torpe que Malmberg haga del signo y del símbolo las bases del lenguaje humano. Si, como el mismo autor lo advierte en su introducción, N. Chomsky no usa en su teoría el concepto de signo, es porque se puede hacer una descripción del lenguaje dando importancia a las relaciones entre los elementos más que a los elementos mismos, y escogiendo como unidades elementos diferentes a los "signos": todos los que apoyan la gramática estarán, sin duda, de acuerdo con esta propuesta. Malmberg quizá responderá que, de acuerdo a la doctrina de Hjelmslev, ha renunciado a dar al signo el estatuto de unidad última de la descripción y que, para él, el signo es toda secuencia sonora, gráfica, etc. doblemente articulada. Pero si se quita al signo su prioridad de esta manera, la definición según la cual el lenguaje humano (o mejor, su parte cognoscitiva) está constituido fundamentalmente por signos, pierde buena parte de su interés.

Podríamos también preguntarnos si conviene, aún en la actualidad, tomar como eje de reflexión sobre el signo su carácter arbitrario. Como bien lo vio Benveniste, la arbitrariedad entre signo y referente se propone como una medida de higiene, quizá provisional, destinada a evitar las trampas de la metafísica y asegurar su autonomía a la lingüística. Por lo demás, estamos obligados a confirmar que entre la expresión y el contenido hay relaciones que no están sujetas por ninguna regla general; en la gramática generativa, por ejemplo, ese trabajo corresponde a la descripción de los elementos lexicales. Pero no vemos cómo esta noción de arbitrariedad, cualesquiera sea la interpretación que se le dé, pueda aumentar nuestra comprensión del lenguaje humano.

Sin duda, se habrá notado que, según Malmberg, el concepto de símbolo debería explicar una gama asombrosamente amplia de hechos lingüísticos. Nos sorprenderemos menos de ello si sabemos que, desde el principio, Malmberg instaura una contradicción en el seno de este concepto: después de decir (p. 15) que "el símbolo es siempre *institucional*",

¹ A este respecto, las etimologías populares y los términos de parentesco en todas las lenguas, y las palabras que designan *muñeca* en las lenguas romances proporcionan a Malmberg excelentes ejemplos.

afirma que "a veces también puede ser el efecto de una creación individual y válida sólo en relación a determinado individuo o a su obra..." (p. 16). Se comprende entonces que un mismo concepto pueda reunir a un tiempo la expresividad fonética de la palabra *mamá* y los hechos individuales de estilo. Pero no vemos que se consiga así mucha claridad.

¿Qué diremos de la pretensión de haber resuelto, por decirlo así, el problema del origen del lenguaje? Psamético decidió un día —según cuenta Herodoto— averiguar cuál era la lengua más antigua del mundo. Aisló entonces a dos recién nacidos de cualquier contacto lingüístico, hasta que articularon la primera palabra, que resultó ser *becos*, vocablo frigio, con lo que el frigio se consideró el lenguaje más antiguo del mundo. El buen rey había olvidado totalmente probar que el supuesto sobre el que fundaba su razonamiento fuera exacto; Malmberg olvida, de manera parecida, demostrar que es lícito traducir en secuencias históricas la jerarquía que organiza el lenguaje. De todos modos, prefiero la fábula de Herodoto.

Muchas de las fallas enumeradas hasta aquí son consecuencia de un eclecticismo demasiado acogedor. Es ya arriesgado querer reunir en una síntesis las ideas de Jakobson con las de Hjelmslev. Querer hacerlo sin abandonar nada (o casi nada) de la herencia de Saussure es una hazaña. Y es necesario creer en milagros para poder admitir que el concepto de autonomía de la sintaxis, por el que Chomsky (aunque está bastante maltratado en otras partes del libro) recibe elogios, pueda hacerse compatible con el saussurianismo o la glosemática. Pero ya con esto pasamos a una serie diferente de comentarios.

¿A qué género pertenece la obra de Malmberg? Según lo confiesa él mismo (p. 6), no es un tratado, tampoco es una monografía. Sin negar que el libro se organiza sobre alguna base conceptual, nos sentimos tentados a definirlo como una simple suma de notas de lectura. Confirma este punto de vista el hecho de que, a pesar de la cantidad de temas que aborda el texto, no hay un índice de materias; hay sólo un índice de nombres. Procediendo así, Malmberg corría dos riesgos que no siempre pudo evitar.

Existía primero el peligro de dar crédito a autores de interés muy desigual (Malmberg está consciente de la arbitrariedad de su selección; cf. p. 6). Más de una vez, los protagonistas de la historia del concepto de signo intervienen sólo a través de sus comentaristas: los estoicos se presentan a través de A. Rey, Montaigne a través de H. H. Ehrlich, Thurot a través de A. Joly... Esto no quiere decir que los comentaristas se hayan escogido mal, pero ¿qué interés puede tener una glosa de segundo orden?²

² Ocurre también que personajes secundarios ocupan más espacio que los principales. Valéry, por ejemplo (presentado en gran parte a través de la tesis de Schmidt-Radefeldt), cuyo papel en la historia del concepto de signo es más bien marginal, ocupa todo un capítulo; mientras que las ideas de Aristóteles (mejor dicho, la interpretación que de ellas hace E. Coseriu) sólo llenan dos páginas. En este sentido, el interés del libro de Malmberg apenas supera el que tener una bibliografía comentada.

Existía también el riesgo, más molesto, de que la lectura demasiado rápida, los prejuicios teóricos, o quizá cierta falta de preparación, deformaran el contenido de las obras analizadas.

No es muy grave que Malmberg comience así su resumen del famoso artículo de Benveniste, "La naturaleza del signo lingüístico": "Después de haberse referido a los pasajes pertinentes del *Curso*... Benveniste comprueba que *boeuf* es tan arbitrario como *Ochs*, y que el negro, como símbolo de luto, es tan arbitrario como el blanco" (p. 136). En realidad, Benveniste cita esos pasajes en dos partes de su artículo muy distante una de la otra; dice con respecto a *boeuf*, sólo que la afirmación de Saussure es válida "si pensamos en el animal buey en su particularidad concreta y «sustancial»". Y en cuanto al último fragmento de esta cita, Benveniste no habla de la arbitrariedad del negro y del blanco, sino de la arbitrariedad del luto mismo, cuya importancia minimiza. Pero lo esencial es que no se traicionen las conclusiones de Benveniste.

Es ya más desagradable tener que comprobar que un prejuicio hjelmsleviano lleve a Malmberg a hilar demasiado fino con el sentido de algunos textos. Es cierto que no se sale de la tradición de la glosemática cuando indica "lo que Saussure debería haber hecho para ser fiel a su propia teoría" acerca de la cuestión de la linealidad del signo (p. 102), o cuando explica el psicologismo del maestro ginebrino como "falta de terminología adecuada" (p. 99). Pero, ¿le habría permitido una lectura imparcial de Benveniste conciliar la distinción entre lo semiótico y lo semántico, que éste hace, con la idea de que todo texto o toda parte de texto doblemente articulado es un signo, y emparentar esta distinción con la hjelmsleviana entre forma y sustancia?

Es francamente lamentable que Malmberg, sin duda a causa de una información incompleta, se haya permitido mutilar algunas escuelas. Sólo conociendo mal la gramática generativa se puede decir que su pretendida ignorancia de la dicotomía contenido/expresión le impida dar cuenta de la segmentación diferente de los dos planos (por ejemplo: contenido, *les enfants*; expresión, */le zãf/ã*; cf. p. 39), cuando la existencia de las reglas del componente fonológico (en el ejemplo escogido, la de la regla de *liaison*, como la ha explicado F. Dell en su tesis) y, más generalmente, la de las reglas que permiten pasar de un nivel de representación al siguiente, precisamente tienen por efecto dar cuenta de las diferencias de organización entre esos niveles.

No es menos sorprendente la crítica que Malmberg hace a L. Karttunen (p. 409) por el uso del calificativo "lógico" en la expresión "forma lógica", cuando ésta forma un todo (que se abrevia corrientemente "L. C." en semántica). Tanto más cuanto que debido a esa incompreensión, por medio de una interpretación absurda, Malmberg se ve llevado, en otro pasaje, a reducir a una tontería la tesis de Karttunen sobre la presuposición, y a acusarlo de haber dicho una banalidad. Este tipo de incompreensiones nos hace confiar poco en Malmberg cuando trata las teorías más recientes.

Se nos dirá, quizá, que no hemos entendido el propósito de Malm-

berg. Eso, sin duda, no es totalmente imposible, pero, en este caso, no seríamos del todo culpables. La forma en que Malmberg maneja el francés demuestra un dominio de esta lengua digno de admiración. Pero ese dominio no es tan grande como para que respete todas las reglas gramaticales y retóricas de la lengua francesa; esto se puede advertir en algunos usos que aquí sería ocioso enumerar, que hacen difícil la lectura del texto y en ocasiones su comprensión.

El editor no se queda atrás. Las erratas abundan. Como se puede prever, los tecnicismos, los nombres propios y las palabras extranjeras son los más maltratados, Los *morphèmes* resultan *morphènes* (p. 222), los *phonèmes* son *phomèmes*, *phòmenes*. Isidoro de Sevilla y Maurice Molho se rebautizan "Isodoro" y "Maurio". Entre las lenguas extranjeras, el griego es el que sufre más: se escribe *φουσει* cuando debe ser *φύσει*, *πράγμα* se escribe *πράλμα* en el singular, y *πράλματα* en el plural; también podemos citar *θέσεν*, *λογιχή* y *σημαντιχός* como otros tantos barbarismos. A esto se añade que, ya sea porque se trata de un disléxico o un bromista, el tipógrafo tiene la divertida manía de trasladar la *i* cuando ésta se encuentra al lado de una consonante continua; de allí la serie de neologismos, poéticos sin duda, pero bastante fuera de lugar: *dififculté*, *situaiton*, *fonciton*, *aritculacion*, *descripition*, *linguisitique*, *distinciton* (p. 409). No hay libro sin erratas, pero creo que esto es demasiado.

El carácter totalmente negativo de esta reseña, es prueba suficiente de su parcialidad. En realidad, algunos pasajes del libro son buenos, incluso excelentes, pero en la rápida marea de la literatura lingüística actual, no sabe uno a quién recomendar la lectura de un libro grande que no es un gran libro y que desilusionará a los numerosos admiradores de B. Malmberg.

MARC PLENAT

Université de Toulouse-Le Mirail.

EDWARD FOWLER TUTTLE, *Studies in the derivational "aculum": Its Latin origin and its Romance development*. Max Niemeyer, Tübingen, 1975; 128 pp. (Beih. zur ZRPh, 146).

Además de una breve conclusión (p. 100) y de un resumen (pp. 101-102), el presente trabajo de Tuttle consta de seis capítulos de muy distinta extensión. Los cuatro primeros se ocupan de la historia de este sufijo en las épocas prelatina y latina remota (cap. 1, pp. 1-5), de la formación y la evolución del sufijo de diminutivo *-culu-* (cap. 2, pp. 6-17), con el cual se encontraba fónicamente en concurrencia, de las relaciones mutuas entre el diminutivo *-culum* y el instrumental *-aculum* y la estabilización de sus campos de empleo (cap. 3, pp. 18-25) y, finalmente, un exacto análisis del significado y de la función de *-aculum* en latín (cap. 4, pp. 26-32).